

Affordances: entre la percepción y la acción¹

Sofía Mondaca

ssofiamondaca@gmail.com

Licenciatura en Filosofía

Director: Daniel Kalpokas

Codirectora: Laura Danón

Recibido: 22/05/20 - Aceptado: 23/06/20

Resumen

El presente artículo recupera las principales líneas de investigación de mi Trabajo Final de Licenciatura en Filosofía. Mi investigación parte del famoso debate filosófico entre intelectualistas y anti-intelectualistas sobre la naturaleza de nuestras habilidades prácticas básicas y los requisitos y capacidades que están involucrados en el despliegue de las mismas. El objetivo del presente artículo es examinar y evaluar la potencialidad de una explicación conceptualista moderada a la hora de dar cuenta de nuestra percepción y del ejercicio de nuestras habilidades prácticas básicas. Para ello, he considerado necesario ofrecer una reconstrucción crítica de las posiciones que defienden Dreyfus, como representante del anti-intelectualismo, y McDowell, como representante del intelectualismo, acerca de la naturaleza de nuestras habilidades para actuar fluida y exitosamente en el entorno. Luego, introduciré una crítica bajo el nombre "la paradoja del experto", con el propósito de señalar ciertos problemas que conlleva asumir la posición anti-intelectualista radical de Dreyfus. Por último, con la motivación de encontrar una explicación alternativa, recurriré a la ya clásica noción de *affordances* propuesta por Gibson (1979) y, siguiendo una interpretación conceptualista de las *affordances*, intentaré responder a la paradoja mencionada.

Palabras clave: *Affordances*; Intelectualismo; Anti-intelectualismo.

1. Introducción

En los últimos años, tanto la filosofía de la mente como la epistemología se han ocupado de una serie de debates en torno a la naturaleza y la estructura del contenido mental. En tales debates, toma protagonismo la disputa entre los autores que defienden una posición conceptualista y quienes, en cambio, defienden una posición no conceptualista. A la hora de definir cuál es la naturaleza del contenido mental de nuestros estados perceptuales, los primeros sostienen que nuestras capacidades conceptuales constituyen el contenido de la experiencia perceptiva, es decir, que permean nuestra capacidad para percibir el mundo (McDowell, 1994; Brewer, 1999). Los segundos, en contraposición, sostienen que el contenido perceptivo es más primitivo y, por ello, no requiere necesariamente, por parte del sujeto, la posesión de los conceptos que especifican (o pueden especificar) dicho contenido (Dreyfus, 2012; Cussins, 2003; Bermúdez, 2003; Evans, 1982). A su vez, en íntima relación con el debate entre conceptualistas y no conceptualistas, se encuentra un segundo tópico de discusión filosófica: el debate acerca de cuál es la naturaleza de

nuestras habilidades prácticas básicas y qué requisitos y capacidades están involucrados en el despliegue de las mismas (Dreyfus, 2005, 2007, 2013, y McDowell 1994, 2007, 2009 y 2013).

En la presente investigación me focalizo en algunos problemas filosóficos que aparecen en la intersección entre dichas discusiones. Mi objetivo aquí es examinar y evaluar la potencialidad de una explicación conceptualista moderada a la hora de dar cuenta de nuestra percepción y del ejercicio de nuestras habilidades prácticas básicas. Para ello, he considerado necesario ofrecer una reconstrucción crítica de las posiciones que defienden Dreyfus, como representante del anti-intelectualismo, y McDowell, como representante del intelectualismo, acerca de la naturaleza de nuestras habilidades para actuar fluida y exitosamente en el entorno. Luego, introduciré una crítica bajo el nombre "la paradoja del experto", con el propósito de señalar ciertos problemas que conlleva asumir la posición anti-intelectualista radical de Dreyfus. Por último, con la motivación de encontrar una explicación alternativa, recurriré a la ya clásica noción de *affordances* propuesta por Gibson (1979) y, siguiendo una interpretación conceptualista de las *affordances*, intentaré responder a la paradoja mencionada.

2. El conceptualismo de McDowell: experiencia perceptiva y acción intencional

El debate sobre la naturaleza de nuestras habilidades prácticas dio lugar a un amplio y variado campo de discusión en las últimas décadas. La ya clásica distinción entre saber-cómo (*know-how*) y saber qué (*know-that*) propuesta por Gilbert Ryle en *The Concept of Mind* (1949), ha sido retomada generando tanto adeptos como críticos. Por un lado, hay quienes sostienen que el saber-cómo o saber práctico y, con él, el ejercicio de nuestras habilidades prácticas, es un fenómeno sui generis que debe analizarse de forma particular e independiente al saber-que o saber teórico (Fridland, 2015; Noë, 2005). Por otro lado, algunos autores consideran que no existe una diferencia real entre ambos tipos de saberes y, por lo tanto, debemos reducir el saber-cómo al saber-que (Stanley y Williamson, 2001).

Asimismo, es posible identificar un creciente debate acerca de qué clase de contenido involucra el saber práctico y en qué se diferencia, si es que lo hace, del contenido involucrado en el saber teórico. Hubert Dreyfus -defensor del anti-intelectualismo- junto con John McDowell -defensor del conceptualismo-, han sido los máximos representantes en la discusión acerca del contenido involucrado en nuestra percepción y en el ejercicio de nuestras habilidades prácticas básicas.

McDowell es reconocido principalmente por defender fervientemente la tesis de que nuestra experiencia posee contenido conceptual. En base a una comprensión kantiana de la relación entre la mente y el mundo, McDowell entiende que la experiencia es una clase de suceso que debe combinar la receptividad con la espontaneidad. La experiencia es un tipo de estado que tiene lugar por la combinación de la receptividad, en virtud de la cual somos afectados por la realidad externa, y la espontaneidad, en virtud de la cual podemos pensar en los estados de cosas que afectan nuestros sentidos. La operación de la receptividad satisface la necesidad de un constreñimiento externo sobre nuestro pensamiento empírico. Pero, a su vez, las capacidades

conceptuales, que pertenecen al entendimiento, se encuentran presentes en la experiencia misma, y no sólo en los juicios que son justificados por ella. De este modo, McDowell nos ofrece una perspectiva conceptualista en la que las capacidades conceptuales están involucradas desde un comienzo en nuestra experiencia perceptiva y en nuestras acciones.

Las capacidades conceptuales, tal como se las entiende aquí, “funcionan no solo en el razonamiento sino, en general, cuando se responde a las razones como tales, tanto si esto toma la forma de un extraer explícitamente conclusiones a partir de razones en la formación de creencias o en la acción” (McDowell, 2009: 130-131). En este sentido, una vez que las adquirimos, se encuentran siempre presentes como formando parte de nuestra “segunda naturaleza”. Para McDowell, hay una distinción clave entre la constante actualización de las capacidades conceptuales y el ejercicio de las mismas que tiene lugar concretamente en la elaboración de juicios con una estructura proposicional. La actualización de las capacidades conceptuales es constitutiva de la vida mental del sujeto y tiene lugar en todas sus actividades, tanto reflexivas como irreflexivas. Por esa razón, el autor sostiene que las mismas se encuentran operando constantemente de un modo pasivo tanto en nuestra experiencia como en nuestros comportamientos más básicos. Sin embargo, solo en el caso de las actividades reflexivas, es decir, cuando existe una actitud crítica por parte del sujeto que reflexiona sobre los contenidos de sus estados mentales y/o los hace explícitos haciendo juicios, dichas capacidades son ejercidas efectivamente.

McDowell ofrece, pues, un naturalismo de la “segunda naturaleza” para explicar cómo es que ejecutamos de modo constante nuestras capacidades conceptuales. Sostiene que, cuando nacemos, nuestro comportamiento está mediado por impulsos causados por el entorno en el que nos encontramos. Esto mismo sucede con los animales no humanos. Sin embargo, una vez que adquirimos el lenguaje, y con él las capacidades conceptuales asociadas al mismo, nuestro comportamiento y percepción adoptan otra condición: nos convertimos en agentes y podemos entrar en el juego de “dar y pedir razones”. El lenguaje posibilita nuestra capacidad de reflexión y, de este modo, transforma nuestro trato con el mundo dando lugar a una relación epistémica con el entorno. Tener una experiencia de un objeto externo, entonces, no es sólo responder a ciertos factores –problemas y oportunidades– que nos ofrece el mundo, tal como lo hacen los animales no humanos. Poseer experiencias externas involucra la capacidad para entrar en el juego de dar y pedir razones para ser un sujeto con conciencia del mundo interno.

Algo semejante ocurre con el comportamiento, el cual adquiere cierta autonomía en la medida en que puede emanciparse de los influjos causales del mundo para desarrollarse en el espacio de las razones. Mientras que parece que los animales no humanos sólo pueden reaccionar ante estímulos, los animales humanos podemos razonar y luego juzgar, direccionando nuestro comportamiento, si así lo deseamos, hacia un lado contrario al que la experiencia nos muestra. Según McDowell, a diferencia de lo que sucede con la experiencia perceptiva y el juicio –capacidades que tienen que poder ser acompañadas por un “Yo pienso” kantiano–, las acciones deben poder ir acompañadas de un “Yo hago” –un “yo práctico”– para que puedan ser

reconocidas como lo que son, esto es, acciones intencionales. McDowell sostiene que, tal como afirmaba Kant, los pensamientos sin contenido están vacíos y las intuiciones sin conceptos están ciegas. Pues bien, algo similar sucede con las acciones: “las intenciones sin una actuación que les dé cumplimiento son ociosas, y los movimientos de miembros sin conceptos son meros sucesos, no expresiones, de un agente activo” (McDowell, 1994: 150). Esto quiere decir que el sujeto debe ser consciente de sí mismo como “el que está actuando”, y, por lo tanto, debe reconocerse como agente de sus propias acciones. No obstante, el “yo hago” o “yo práctico”, a diferencia del “yo pienso”, implica únicamente un tipo de autoconciencia práctica, que, si bien es racional e intencional, no es reflexiva. Esto no quiere decir que el “yo hago” deba concebirse como un pensamiento separado de la acción. Antes bien, el “yo hago” debe comprenderse como una manera de registrar el carácter esencial de primera persona que tienen las capacidades racionales prácticas que son necesarias para ejecutar acciones intencionales.

En síntesis, el conceptualismo de John McDowell se enmarca en un empirismo mínimo que, sin caer en la defensa de “lo Dado”, pretende darle un rol epistemológico a la experiencia como justificación de nuestro conocimiento. McDowell sostiene que las capacidades conceptuales nos permiten evaluar si las cosas son o no de cierto modo, brindándonos la libertad de oponernos a las imposiciones del mundo, emitiendo juicios y adquiriendo cierta autonomía con respecto a nuestros impulsos. Al contrario de un animal no humano², los sujetos racionales podemos direccionar nuestros pensamientos y comportamientos, si así lo deseamos, generando una acción intencional, a diferencia de una acción automática o guiada por impulsos.

3. El anti-intelectualismo de Hubert Dreyfus: una concepción fenomenológica de la percepción y de la acción

La tradición fenomenológica puede dividirse en dos grandes bloques. Por un lado, la fenomenología trascendental, representada por Husserl, quien se dedicó principalmente al estudio del contenido intencional y su relación con el mundo. Por otro lado, la fenomenología existencial, representada por Heidegger y Merleau-Ponty, quienes insistieron en fundamentar la existencia de una base fenomenológica primordial –un *background* pre-conceptual– sobre la cual el pensar, el percibir y el actuar son posibles.

Hubert Dreyfus fue uno de los más reconocidos lectores de Heidegger en el campo de la llamada filosofía analítica, y su enfoque filosófico con respecto a la percepción y la acción se ve fuertemente nutrido por dicha tradición. Dreyfus retoma muchas de las tesis fundamentales de la fenomenología existencial para analizar la naturaleza de nuestras habilidades y el contenido de nuestra experiencia. Desde un punto de vista denominado anti-intelectualista, defiende que nuestro trato con el mundo debe analizarse sobre el trasfondo de la base holística no proposicional y no intencional heideggeriana. Este trasfondo funciona como un marco que ilumina el mundo y permite que se nos aparezca como tal: “los seres, donde sea que sea y como sea que nos acerquemos a ellos, ya están a la luz del ser” (Heidegger, 1955: 357). Tal marco es entendido como un *background* no conceptual, que resulta previo a los estados mentales y

funciona como una atmósfera que orienta nuestro curso tanto en la acción como en la percepción. Asimismo, en tanto trasfondo, permanece siempre oculto y, por ello, es inaccesible a nuestra consciencia: en el preciso momento que intentamos explicitarlo, se desvanece.

El interés principal de Dreyfus es defender el carácter situado y corpóreo de la percepción y de la acción. Dreyfus sostiene que es necesario negar la presencia de contenidos proposicionales, conceptuales y representacionales en la experiencia, en la medida en que estos implican una distinción intelectualista y artificial entre sujeto y mundo que dificulta explicar la puesta en práctica de muchas de nuestras habilidades cotidianas.

En el arduo debate con John McDowell, Dreyfus lo acusa de caer en el llamado "Mito de la omnipresencia de lo mental", ya que entiende que defender que las capacidades conceptuales median todo nuestro trato con el entorno lleva, necesariamente a introducir una distancia artificial en la relación del sujeto con el mundo (Dreyfus, 2013). Por el contrario, para Dreyfus, lo que de hecho encontramos cuando analizamos nuestro trato práctico con nuestro entorno, es una relación donde sujeto y mundo se encuentran fusionados. A diferencia del intelectualismo, este autor piensa que el mundo no debe ser tomado, al menos en primera instancia, como un mundo de hechos. El autor retoma la idea merleau-pontiana de "campo fenoménico", de acuerdo con la cual el mundo debe entenderse como un campo de fuerzas que nos guía en la realización o abstención de ciertas acciones. Así, defiende una idea de mundo como "la totalidad de solicitudes interconectadas que nos atraen o repelen" (Dreyfus, 2007b: 357) y afirma que, tanto el mundo como dichas solicitudes, son inseparables de nuestra capacidad de ser directamente atraídos a actuar. Sujeto y mundo se encuentran, en tal sentido, fusionados.

Retomando las tesis de Heidegger y Merleau-Ponty, Dreyfus afirma que existe un trasfondo oculto que es el responsable de nuestro pensamiento y de nuestra acción. El sujeto, cuando actúa, se halla inmerso en el mundo transformando el campo fenoménico en el que actúa y, a la inversa, el campo de fuerzas así modificado repercute sobre el curso de sus acciones subsecuentes. Esto se vuelve posible ya que tenemos ciertas habilidades que nos permiten sumergirnos en dicho campo de fuerzas. Dreyfus recupera la idea heideggeriana de "ser-en-el-mundo" y su relación de familiaridad con el entorno circundante (Heidegger; 2000 [1927]). La relación de familiaridad entre sujeto y mundo debe entenderse como el trato cotidiano que tiene el sujeto con los objetos de su entorno, que sólo es posible en un mundo en donde no existe una separación dualista entre ambos: "Cuando el Dasein está totalmente fusionado con el mundo, no hay lugar para el contenido, ni experiencial ni proposicional, no hay nada que sea en cierto sentido interno" (Dreyfus, 2013: 29). De este modo, muchas de nuestras habilidades prácticas básicas que nos permiten una relación no objetivante con el mundo, no pueden ser conceptualizadas so pena de desaparecer. Ahora bien, Dreyfus piensa, adicionalmente, que en cuanto el pensamiento media el ejercicio de estas habilidades, el campo fenoménico desaparece como tal.

Dreyfus aplica su tesis anti-intelectualista tanto a las acciones de afrontamiento diarias (atarse los cordones, caminar en la calle) como a las habilidades prácticas complejas realizadas por expertos

(jugar profesionalmente a un deporte, tocar un instrumento de manera sobresaliente). Sin embargo, también reconoce que hay un sentido en el que nuestras capacidades conceptuales cumplen un rol relevante en el ejercicio de nuestras habilidades prácticas. Aun cuando nuestra capacidad de actuar con normalidad suele desarrollarse imitando a los expertos, sin que los conceptos desempeñen ningún papel consciente en este proceso, hay casos específicos en los que estos sí cobran importancia. El autor afirma que, en primera instancia, cuando realizamos ciertas acciones complejas por primera vez, necesitamos de un proceso de entrenamiento que requiere el uso de conceptos para aprender a realizar dichas acciones. Esto se debe a que, aparentemente, interiorizamos ciertas reglas sobre cómo realizar determinadas acciones a través de la reflexión y el uso explícito del lenguaje, siendo este el primer paso para convertirnos en sujetos habilidosos. Sin embargo, a medida que el novato va adquiriendo experiencia, debe incorporar nueva información acerca de su acción que le permita ir independizándose, poco a poco, de la representación de las reglas aprendidas y actuar de manera más intuitiva y más fluida hasta convertirse en experto. Cuando el sujeto se convierte en experto no necesita decidir cómo comportarse en cada situación: simplemente sabe cómo hacerlo y el campo de fuerzas en el que actúa le ofrece el camino a seguir. En estos casos, tanto los aspectos relevantes de la situación como las acciones apropiadas emergen como una parte implícita de la actividad en curso en la cual el experto está totalmente absorto, involucrado y comprometido (Introna, 2017).

De tal modo, Dreyfus defiende que cuando somos expertos en algo, generalmente no necesitamos seguir explícitamente reglas. Si hemos tenido suficiente experiencia y nos mantenemos involucrados en la acción, es probable que nos encontremos respondiendo de forma correcta con mucha más rapidez de la que podríamos tener si tuviéramos que detenernos a pensar antes de actuar. Es en ese momento en el que la distinción sujeto-objeto se disuelve y podemos decir, según Dreyfus, que nos hallamos inmersos en el campo de fuerzas que guía nuestra acción. Algo similar sucede con cada uno de nosotros cuando realizamos cualquier actividad, ya sean actividades sofisticadas como el ajedrez, la improvisación del jazz, los deportes, o el dar una conferencia, pero también cuando nos involucramos en habilidades cotidianas como dar un paseo, cruzar una calle, mantener una conversación o, simplemente, movernos en el mundo. Es decir, cada vez que emprendemos una actividad y la realizamos exitosamente y sin esfuerzo de reflexión alguno, "encontramos nuestro camino en el mundo". Dreyfus comenta: "Los atletas en tales situaciones dicen que están jugando fuera de sus cabezas, y en gran parte de nuestro trato cotidiano, nosotros también" (Dreyfus, 2013: 373). En consecuencia, sostiene que cuando nos encontramos corporalmente absortos en la tarea de responder a las solicitudes que el mundo nos ofrece, no hay un sujeto pensante y no hay características del entorno sobre las cuales pensar.

Esa relación fluida con el mundo se mantiene siempre y cuando no se nos presente algún problema que altere el ejercicio de la acción. Empero, cuando esto último ocurre, la familiaridad con el mundo circundante se rompe y nos sentimos obligados a modificar el curso habitual de la actividad. Esto nos obliga a adoptar una actitud crítica o reflexiva, poniendo en juego nuestras

capacidades conceptuales, lo cual provoca el desvanecimiento del campo de fuerzas en el que estábamos inmersos. Para Dreyfus, entonces, cuando intentamos reflexionar acerca de nuestra acción en vez de dejarnos llevar respondiendo directamente al campo de fuerzas del entorno, nuestra habilidad para actuar se ve afectada³.

En síntesis, para Dreyfus, nuestro acceso al mundo no requiere de conceptos o de representaciones. Hay una aprehensión inmediata del mundo que funciona cuando nos encontramos inmersos en el campo de fuerzas, sin la mediación de nuestras capacidades conceptuales. El campo de fuerzas que guía nuestras acciones de modo inmediato e irreflexivo sólo puede operar cuando se da una relación de familiaridad con el entorno, es decir, en donde el sujeto habita el mundo o es-en-el-mundo. Y es sólo cuando surge un error o un imprevisto en la acción que dicho campo de fuerzas se desvanece y las capacidades conceptuales cobran protagonismo.

4. Una crítica al anti-intelectualismo de Dreyfus

Al reconstruir la posición defendida por Dreyfus, junto con algunas de las discusiones que han tenido lugar como parte de su debate con McDowell, mi propósito ha sido destacar los puntos centrales que enfrentan a ambos autores y que reaparecen como tesis en conflicto dentro de la disputa más amplia entre los enfoques intelectualistas y anti-intelectualistas con respecto a las habilidades prácticas.

La posición presentada por Dreyfus resulta ser de corte anti-intelectualista en un sentido fuerte, ya que no sólo discute una interpretación mentalista de nuestra relación práctica con el mundo, sino que, además, niega la intermediación de cualquier tipo de entidad psicológica dotada de contenido representacional en la explicación del ejercicio de nuestras habilidades más básicas. A mi entender, es posible esbozar una crítica central en contra de esta posición anti-representacionalista, que nos lleve a replantearnos la naturaleza del ejercicio de nuestras habilidades básicas y el rol de los conceptos y las representaciones en la puesta en práctica de las mismas.

Presentaré dicha objeción bajo el nombre de “la paradoja del experto”. Con esto pretendo discutir la noción de experto -y de experticia- que parece seguirse de la posición presentada por Dreyfus. Para abordarla, he decidido introducir un experimento mental, que he denominado el experimento de “la suerte del principiante” mediante el cual pretendo mostrar que el enfoque anti-intelectualista de Dreyfus supone una concepción sumamente intelectualizada de lo que es ser un experto. La misma, nos impide formular una explicación satisfactoria de la peculiar naturaleza práctica propia del ejercicio de nuestras habilidades.

Mi objeción parte del interrogante: ¿Qué es ser un experto? A grandes rasgos, hay dos modos diferentes en los que alguien puede ser un experto. Por un lado, es posible ser un experto sobre un tópico en particular, si se posee suficiente información acerca de un tema, por ejemplo, de una materia académica o de saberes populares. Esta noción de experticia teórica se identifica con la

acumulación de conocimiento declarativo o proposicional. Por otro lado, podemos considerar como experto al sujeto que sabe realizar de manera sobresaliente cierta actividad o acción. Dicho concepto se relaciona directamente con la capacidad para desarrollar de manera correcta una actividad práctica. A este tipo de experto podemos llamarlo "experto práctico".

Estos dos modos de concebir qué es ser un experto pueden ser identificados con las nociones de saber-que y saber-cómo ryleanas (Ryle, 1949). Mientras el saber-que es un tipo de saber proposicional, teórico, que puede hacerse explícito -por ejemplo, saber que una guitarra tiene seis cuerdas, seis clavijas y un puente-, el saber-cómo parece ser algo diferente ya que requiere la puesta en práctica de una habilidad y muchas veces resulta independiente de la posesión de un cúmulo de conocimiento teórico -por ejemplo, saber tocar la guitarra-.

En los últimos años, el debate acerca del saber-cómo ha cobrado fuerza, suscitando nuevas discusiones en torno a la naturaleza de este tipo de conocimiento, sus rasgos distintivos, sus componentes, su relación con nuestras capacidades representacionales y sus vínculos con la acción. En este nuevo contexto de discusiones, el problema de qué es ser un experto y qué significa poseer una habilidad ha sido abordado tanto por posiciones intelectualistas como anti-intelectualistas, dando lugar a las más diversas concepciones de la experticia. Desde el campo intelectualista, Stanley y Krakauer (2013), por ejemplo, han defendido que la posesión de una habilidad práctica puede y debe ser identificada con la posesión de un conocimiento proposicional. Para una concepción de este tipo, poseer una habilidad práctica, esto es, ser experto en saber cómo hacer algo, es poseer cierto tipo de conocimiento conceptual sobre cómo desplegar dicha habilidad. En una línea semejante, Carlotta Pavese (2015) argumenta que la habilidad es solo conocimiento, aunque dicho conocimiento no necesita ser conceptual en todos los casos.

Por el contrario, como vimos, Dreyfus (2005, 2007a, 2007b, 2007c, 2013) defiende una explicación fenomenológica de nuestras habilidades, según la cual un experto despliega su habilidad sin necesidad de ejercer ningún tipo de conocimiento teórico, conceptual, proposicional o racional. En base a tal enfoque, podemos suponer que Dreyfus defiende una noción de experto práctico que se diferencia considerablemente del saber que o el saber teórico. Por lo tanto, se posiciona en el marco de un enfoque anti-intelectualista radical que discute con las teorías intelectualistas que defienden la primacía de una idea de "experto teórico", incluso a la hora de dar cuenta de nuestras habilidades prácticas más básicas. Dreyfus caracteriza nuestras habilidades prácticas como acciones no racionales que no involucran, al menos en sentido tradicional, intencionalidad y agencia. Así, sostiene que "el desempeño competente es racional, el sujeto competente es transicional; el experto actúa a-racionalmente" (Dreyfus & Dreyfus, 1984: 36). De este modo parece que, mientras el sujeto realiza fluidamente una acción no hay un contenido mental actuando, no hay intencionalidad operando y tampoco racionalidad presente. Sólo hay una relación fluida con el campo de fuerzas, donde no es posible trazar una distinción dual entre sujeto y objeto.

Analícemos la explicación fenomenológica de Dreyfus a partir de su aplicación a un caso particular. Imaginemos que un agente realiza exitosamente una acción en un momento particular simplemente por casualidad. Por ejemplo, realiza ciertos movimientos correctos en el juego del ajedrez, pronuncia bien un conjunto de oraciones de una lengua extranjera que desconoce, cocina adecuadamente una torta, etc. A su vez, imaginemos un segundo agente que realiza exitosamente las mismas acciones, pero, esta vez, gracias a que es un experto en ello. Aquí nos encontramos frente a dos situaciones de desempeño práctico igualmente exitosas con la diferencia de que, en uno de los casos, el agente es un experto y, en el otro, no. Ante tal situación, podemos preguntarnos: ¿cómo hacemos para distinguir ambos sujetos? o, en otras palabras, ¿cómo hacemos para identificar a un experto? En primera instancia, un defensor de Dreyfus nos respondería que el sujeto experto es el que, gracias a su proceso previo de aprendizaje, “fluye adecuadamente” en el campo de fuerzas realizando una acción determinada, mientras que, quien no es experto, no puede actuar fluidamente. Sin embargo, a continuación, presentaré una situación hipotética que pone en cuestión esta distinción entre los agentes.

Imaginemos un experimento mental al que denomino: “la suerte del principiante”. Consideremos el correcto ejercicio de una habilidad repetida al infinito, digamos, por ejemplo, cocinar una torta de manera adecuada. Pensemos que cocinamos una torta tras otra sin cometer ningún error que nos obligue a detenernos y reflexionar sobre los pasos a seguir. Pues bien, supongamos ahora que hay dos sujetos realizando la misma acción al infinito. El primer sujeto se ha consagrado como pastelero tras años de perfeccionar su habilidad de cocinar tortas. El segundo sujeto, en cambio, no posee conocimiento, ni teórico ni práctico, suficiente para cocinar una torta de manera adecuada. No obstante, tiene “suerte del principiante”, solo que, en su caso, ésta se extiende en el tiempo y le permite cocinar tortas correctamente una y otra vez por azar o por “suerte infinita”. En la medida en que realiza de manera correcta dicha acción al infinito, este sujeto se encuentra interactuando fluidamente con su entorno al igual que el sujeto experto, aún sin serlo.

En este experimento ambos sujetos realizan una acción adecuadamente sin recurrir al uso explícito de sus capacidades conceptuales, esto es, según Dreyfus, sin adoptar una actitud reflexiva para guiar los pasos a seguir. A su vez, desde la perspectiva de un observador externo, ambos parecen ejercer las mismas “habilidades corporales” en la realización de la tarea: se mueven de manera similar, baten los ingredientes del mismo modo, etc. Tanto el sujeto experto como el inexperto parecen actuar dentro del campo de fuerzas dreyfusiano sin diferencia alguna.

Empero, sabemos que se trata de dos sujetos radicalmente diferentes: uno es un experto y el otro meramente tiene suerte de principiante. Luego, podemos preguntarnos: ¿cómo diferenciaríamos al sujeto experto del no-experto casualmente exitoso? Si nos atenemos a la teoría de Dreyfus, durante el ejercicio mismo de la acción resulta imposible encontrar algún elemento que los distinga. La única alternativa para diferenciar entre ambos parece radicar en focalizarnos en el modo en que cada sujeto reacciona ante el error o ante una situación problemática. Siguiendo a Dreyfus, cabe pensar que, en una situación de este tipo, sólo el experto será capaz de reaccionar

adecuadamente reflexionando sobre sus comportamientos y corrigiéndolos o ajustándolos como consecuencia de ello. En consecuencia, la teoría de Dreyfus nos permite esbozar un criterio de distinción entre expertos e inexpertos que sólo puede ser aplicado en aquellos casos en los cuales los agentes cometen errores en su acción o encuentran dificultades para resolver una situación problemática. Pues sólo en tales casos, el experto podrá corregir o ajustar su conducta poniendo en práctica el conocimiento que adquirió durante el proceso de aprendizaje de su habilidad. El sujeto inexperto, en cambio, no tendrá las herramientas necesarias para resolver el inconveniente y retomar adecuadamente el curso de la acción. Ahora, mientras tal error no se produzca, la teoría dreyfusiana no nos permitirá identificar diferencia alguna entre ellos. Como vimos anteriormente, para Dreyfus, en el ejercicio práctico de nuestras habilidades no hay agencia ni intencionalidad actuando, no hay contenido mental ejerciendo una función y, por lo tanto, parece que no hay nada en la mente de ninguno de los sujetos que nos permita distinguirlos mientras se desempeñan exitosamente. Sin embargo, no es cierto que mientras realizan la acción fluidamente no existe diferencia alguna pues, de hecho, sabemos que hay un sujeto que es experto en lo que hace y otro que no.

Retomando la pregunta guía: ¿qué es ser un experto?, el experimento mental aquí presentado pretende mostrar que la tesis de Dreyfus no puede dar cuenta de lo que comprende el ejercicio habilidoso de una acción, particularmente, en el momento mismo de su ejecución exitosa. Como señalamos, el ejercicio de nuestras habilidades prácticas es un fenómeno particular que se distingue –a veces más, a veces menos– de una habilidad puramente teórica, proposicional. Siguiendo a Ryle (1949), hay algo en el saber-cómo que es irreductible al saber-que. Aunque tal distinción es compartida por autores como Dreyfus y McDowell, las nociones de experiencia y habilidad que nos ofrece el primero no nos permiten dirimir qué significa para un sujeto saber hacer algo sin apelar al conocimiento teórico y proposicional adquirido durante el proceso de entrenamiento y a la reflexión sobre el mismo. Esto es lo que llamo “la paradoja del experto”. Al no poder encontrar algo en el ejercicio de la acción misma que permita distinguir entre un sujeto experto y uno que no lo es, la diferencia entre ambos termina siendo explicada por el conocimiento proposicional que posee uno de ellos, el experto, y sobre el cual puede reflexionar cuando surgen dificultades, para luego saber cómo actuar. Pero, si esto es así, lo que distinguiría al experto habilidoso, no sería, en último término más que la posesión de cierto trasfondo teórico que pone en juego cuando la situación lo requiere. De tal modo, detrás de la teoría de Dreyfus parece esconderse una noción de experticia como conocimiento teórico acumulado. Esto es: sólo cuando el sujeto deja de realizar la acción, abandonando el ejercicio práctico y fluido de su habilidad, puede poner en práctica el conocimiento que lo distingue como experto. De esta forma, el saber-cómo termina siendo un caso más de saber-que, desdibujándose así su condición sui generis, a la cual, presuntamente, Dreyfus suscribe de común acuerdo con McDowell.

En contra de la explicación propuesta por Dreyfus, mi intuición aquí es que, para conservar el carácter particular del saber-cómo, debemos comprender la habilidad práctica como un fenómeno complejo que incluye diversos tipos de habilidades específicas. Entre ellas se destacan

las “habilidades corporales” que podemos observar en un sujeto ejerciendo una acción: qué tipos de movimientos realiza, en qué tiempo, cómo interactúa con los elementos de su entorno, cómo se mueve en el espacio, etc. Las habilidades corporales, como podemos corroborar en el experimento presentado, son necesarias para el ejercicio exitoso de una acción. Tanto el experto pastelero como el sujeto con suerte de principiante necesitan realizar los movimientos corporales precisos para cocinar correctamente la torta, batir los huevos adecuadamente, colocar la preparación en el horno de cierto modo, etc. Sin embargo, no podemos reducir el saber cómo a dichas habilidades corporales ya que, tal como señalamos en el experimento, dichas habilidades no parecen ser condiciones suficientes para determinar qué es ser un experto.

Ahora bien, si reconocemos que existe una distinción entre un sujeto experto que realiza correctamente una acción y el sujeto inexperto que la realiza correctamente, pero por azar y, a su vez, reconocemos que tal distinción no se encuentra en las habilidades corporales que estos ponen en juego, parece que debemos defender que ambos sujetos se encuentran en estados mentales diferentes en el momento del ejercicio práctico de la misma. De otro modo: ¿en dónde radicaría la diferencia existente entre ambos?

En suma, considero que el saber-cómo debe incluir, en el ejercicio mismo de la acción, algunos elementos que, aunque indetectables a simple vista para un espectador externo, determinen por qué el comportamiento de un sujeto experto es radicalmente diferente al comportamiento de un sujeto con suerte de principiante⁴. De lo contrario, corremos el riesgo de caer en la clásica posición intelectualista, que no distingue el tener una habilidad práctica de poseer cierto conocimiento teórico.

Para dar respuesta a este problema, en lo que sigue, examinaré la noción de *affordances* gibsoniana. Tras la reconstrucción de la noción original propuesta por Gibson (1979), intentaré defender una noción de *affordances* que me permita dar una respuesta satisfactoria a la crítica aquí presentada y ofrecer una explicación adecuada del ejercicio práctico de nuestras habilidades básicas.

5. Hacia una teoría representacional y conceptualista de las *affordances*

A mediados del siglo XX J. J. Gibson inaugura la llamada “psicología ecológica”, una propuesta que le otorga especial relevancia al entorno ecológico que rodea tanto a animales humanos como no humanos, y destaca la importancia de basar los estudios psicológicos en dicho entorno natural. La psicología ecológica sostuvo desde sus orígenes que la percepción y la relación con el entorno es directa, esto es, no se encuentra mediada por entidades mentales como las representaciones. Así, mientras las posturas tradicionales parecían otorgarle un lugar accesorio al entorno -que causaba las impresiones sensoriales, pero no era constitutivo de la percepción-, la psicología ecológica lo consideró como un elemento constitutivo que ejerce una influencia activa fundamental sobre la percepción y la acción.

Siguiendo cierto espíritu fenomenológico, en 1979 Gibson desarrolló la noción de *affordances*⁵ para dar cuenta del tipo de interacción perceptiva que poseen los organismos en relación con su entorno. El propósito de tal noción ha sido desde su origen el de explicar la percepción y su íntima relación con la acción. En la misma línea, las posteriores interpretaciones y apropiaciones de la noción de *affordances* han sido aplicadas casi en su totalidad al análisis de la percepción y la acción humana.

Las *affordances* son definidas como características localizables en el entorno que se presentan al sujeto perceptor indicando una acción posible. Son una suerte de relación práctica entre el agente y su medio, que sólo resulta posible mediante la interacción. Dichas oportunidades para la acción no deben ser entendidas como meras características del entorno, es decir, como meras características físicas. Las *affordances* no existen simplemente por el hecho de que exista un entorno, sino más bien porque hay un sujeto que puede percibirlo. Se trata de posibilidades de acción existentes en cuanto se encuentran latentes en el entorno para ser percibidas por un animal u organismo⁶. En este sentido, Gibson sostiene que las *affordances* deben ser pensadas siempre en relación con el sujeto, y deben ser entendidas sólo en dicha relación.

Pese a ser quien introdujo la noción, Gibson no desarrolló una explicación exhaustiva de muchos aspectos fundamentales que conciernen a las *affordances*. En consecuencia, desde su origen, han sido muchos los autores que han ofrecido interpretaciones de lo más variadas. En tal marco, tanto Dreyfus como McDowell se han apropiado de la noción de *affordances* y le han atribuido roles antagónicos en el debate acerca del contenido de la experiencia y de nuestro trato práctico con el mundo.

En el debate Dreyfus vs McDowell (2013) acerca del contenido de nuestras habilidades básicas y nuestra experiencia perceptiva, Dreyfus se apropia de dicha noción y establece una asociación directa entre tomar una posición no conceptualista como la suya y defender la noción de *affordances* como parte del contenido de nuestra percepción. Siguiendo las tesis fenomenológicas de Merleau Ponty, Heidegger y Sartre, sostiene que en muchas de las interacciones con el entorno no existe una separación entre el sujeto y el mundo en el cual él actúa, sino una relación donde ambos se encuentran fusionados. Tal como mencionamos en el apartado anterior, Dreyfus afirma que algunas de las habilidades que poseemos constituyen una base holística y no conceptual que opera como condición de posibilidad de nuestros juicios acerca del mundo. Dichas habilidades son posibles gracias a que nos vemos solicitados a actuar de determinada manera. Las *affordances* o solicitudes, entonces, se producen en dicha base holística no conceptual y nos permiten actuar fluida y adecuadamente con una totalidad de entes, con los que nos relacionamos y estamos familiarizados, sin recurrir al uso de nuestras capacidades racionales y conceptuales. "Percibimos directamente las *affordances* y respondemos a ellas sin que estén implicadas en ello creencias y justificaciones" (Dreyfus, 2005: 57).

Ahora bien, ¿por qué la teoría de las *affordances* gibosniana parece complementarse bien con la tesis fenomenológica defendida por Dreyfus? En primer lugar, la noción de *affordance* posee un fuerte valor explicativo dentro del enfoque de Dreyfus, ya que le permite dar cuenta de cómo es

la relación entre sujeto y mundo cuando éstos se encuentran fusionados en el campo de fuerzas, sin apelar a nociones mentalistas ligadas al intelectualismo (estados de creencias, por ejemplo). En segundo lugar, y en íntima relación, Dreyfus parece sostener que las *affordances* involucran un tipo de contenido no conceptual⁷ que nos permite fluir en el campo de fuerzas sin recurrir a capacidades conceptuales y reflexivas. De acuerdo con esto, el sujeto no necesita poseer conceptos para tener *affordances*. Dreyfus defiende que las *affordances* consisten en la percepción de posibilidades de acción que brindan los objetos, y no en la percepción de propiedades de los mismos -que requerirían de conceptos para su identificación y atribución-. De tal modo, sostiene que el sujeto puede relacionarse activamente con el entorno sin necesitar de la presencia de una base conceptual, mucho menos proposicional, para ello.

McDowell, por su parte, considera que la noción de *affordances* es coherente con su tesis conceptualista acerca de la percepción. De tal modo, afirma que, ya que nuestra experiencia se encuentra permanentemente permeada de racionalidad, es posible integrar las *affordances* que percibimos en un marco conceptual. Nuestra percepción conceptual no sólo nos muestra que habitamos un entorno con el cual nos relacionamos, sino aún más, que nos encontramos constantemente abiertos al mundo. La percepción, a través de las *affordances*, nos revela un mundo que se vuelve inteligible sólo en la medida en que poseemos capacidades conceptuales -y por lo tanto racionales- que se encuentran permanentemente operando en la percepción. “[U]na vez que las *affordances* figuran para un sujeto como características del mundo, ya no son solo inputs para una estructura motivacional natural; se encuentran disponibles para la racionalidad del sujeto” (McDowell, 2007b: 346). Nuestras *affordances*, a diferencia de las *affordances* que podrían percibir animales no humanos, nos posibilitan un modo de ser distintivamente humano y nos brinda datos, no sólo para nuestra racionalidad práctica, sino también para nuestra racionalidad teórica (McDowell, 2007b)⁸.

6. Hacia una nueva comprensión de las habilidades prácticas: las *affordances* conceptuales

Siguiendo esta breve descripción del enfoque y la propuesta gibsoniana, quisiera hacerme eco de la interpretación mcdowelliana de las *affordances* y profundizar en la misma para dar una respuesta a la crítica que señalé anteriormente bajo el nombre de “la paradoja del experto”. Al presentar dicha crítica me detuve en la pregunta sobre qué capacidades mentales tiene que poseer el sujeto experto cuando pone en práctica su habilidad, y señalé su importancia al momento de analizar de manera más acabada el fenómeno de las habilidades prácticas. Asimismo, para responder dicho interrogante, resalté la necesidad de postular la presencia de algún tipo de entidad mental que cumpla un rol fundamental cada vez que el sujeto experto pone en práctica su habilidad. Solo de esta forma, afirmé, podremos sortear la dificultad introducida por lo que denominé el experimento mental de “la suerte del principiante”: a saber, la imposibilidad de dar cuenta de la diferencia que presuntamente ha de existir entre el sujeto que es un principiante con suerte infinita y el experto que cuenta con una habilidad genuina para hacer algo.

Frente a tal situación, sugerí la relevancia de incluir las *affordances* como un elemento apropiado para explicar nuestro trato práctico con el mundo y, por ende, el ejercicio habilidoso de ciertas prácticas. Ahora bien, para ello necesitamos desarrollar, o al menos esbozar, una tesis específica acerca de qué tipo de elementos mentales involucra la percepción de *affordances*. Una vez hecho esto, podremos dar respuesta a la crítica mencionada y brindar una mejor explicación del ejercicio habilidoso de la acción.

Hemos entendido a las *affordances* como una suerte de percepción de posibilidades para la acción. En tal sentido, la propuesta aquí es señalar que, para que las *affordances* sean percibidas, es decir, para que el sujeto perciba en el mundo posibilidades de acción, éste debe tener "habilidades representacionales de naturaleza conceptual/perceptual". Quisiera defender que tales habilidades son cognitivas y conforman el fenómeno del ejercicio de las habilidades prácticas básicas en un sentido diferente, aunque complementario, al de las "habilidades corporales". De tal modo, dichas habilidades perceptuales no consisten meramente en la capacidad para detectar información sensitiva del entorno, sino más bien en la capacidad para detectar dicha información bajo un modo de presentación entre otros. Las habilidades aquí propuestas involucran diversos factores que influyen en la percepción: permiten que el conocimiento que adquirimos por aprendizaje, el contenido espacial, el contenido social, entre otros, jueguen un rol conceptual determinante en la percepción de las *affordances*. En este sentido, aun cuando la información sensorial resulta necesaria para la percepción, tales habilidades poseen cierta independencia de los estímulos sensoriales actuales. A su vez, sostengo, son habilidades que se modifican mediante el aprendizaje y pueden mejorar o empeorar con el curso del tiempo.

De tal modo, retomando las conclusiones del experimento mental presentado anteriormente, sostengo que debemos entender el ejercicio de las habilidades prácticas que aquí analizamos, como un fenómeno amplio y complejo en el cual se involucran numerosas y diversas habilidades específicas. Entre ellas, podemos reconocer al menos dos sub-tipos de habilidades esenciales. En primer lugar, las ya mencionadas habilidades corporales, comprendidas como capacidades adquiridas y perfeccionadas a través del entrenamiento, en la que el cuerpo cumple un rol fundamental. Tales habilidades son las que un pastelero experto y un sujeto con suerte de principiante parecen compartir -hasta cierto punto- en el momento que cocinan correctamente una torta. En un segundo lugar, las aquí llamadas habilidades representacionales de naturaleza conceptual/perceptual, que permiten la percepción de *affordances* y el desarrollo efectivo de la práctica experta. Estas últimas resultan cruciales, ya que nos permiten diferenciar al sujeto experto como aquel que posee ciertas habilidades representacionales, conceptuales y perceptuales para percibir ciertas *affordances*, del sujeto con suerte de principiante como aquel que no las posee⁹.

Como señalé, el ejercicio de ciertas habilidades corporales no resulta suficiente para ser un experto. Como el experimento de la suerte del principiante apuntaba a mostrar, dos sujetos podrían estar en una misma situación, comportándose del mismo modo y, sin embargo, ser en un caso un experto y en el otro no. De tal modo, las habilidades corporales, en el sentido acá

utilizado, parecen ser una condición necesaria para comprender el fenómeno más amplio de las habilidades prácticas básicas; no obstante, no resultan una condición suficiente para determinar si un sujeto es de hecho un experto o no lo es. Un sujeto necesita saber cómo cocinar una torta para ser un experto pastelero. Pero dicho saber-cómo no sólo requiere un saber corporal, un dominio los movimientos que hay que realizar, sino también una comprensión tanto de la situación, como de su agencia y responsabilidad en dicha acción. De tal modo, proponer que la percepción de *affordances* requiere de la presencia de ciertas habilidades representacionales y conceptuales-perceptuales, nos permite dirimir la cuestión y nos da una herramienta para señalar cuál de los dos sujetos es el verdadero experto¹⁰.

De tal modo, ante la pregunta: ¿qué tiene “en la cabeza” el pastelero experto cuando cocina una torta?, podemos responder: un conjunto de habilidades, de las cuales, al menos algunas, son conceptuales-perceptuales¹¹. Dichas habilidades cumplen un papel indispensable y relevante en la explicación de las otras habilidades (corporales), haciendo que no sea casual el desempeño exitoso del pastelero a la hora de cocinar bien una torta. En síntesis: cocinar bien depende de algunas habilidades cognitivas, representacionales y conceptuales, que permiten, principalmente, el reconocimiento de la situación y de los objetos que se están manipulando. No se trata sólo de contenidos representacionales, sino de contenidos conceptuales articulados bajo un modo determinado de presentación, que destaca ciertas características del mundo y nos las muestra como las adecuadas para dar curso a una acción. Tales habilidades perceptuales-cognitivas, representacionales y conceptuales, son, como aquí definiendo, una condición necesaria para ejercer las habilidades prácticas¹².

7. Conclusiones

A lo largo de la investigación aquí presentada, he intentado defender una propuesta conceptualista y representacionalista de las *affordances* -en sintonía con el enfoque general de McDowell- con el objetivo de contribuir al intrincado debate acerca del ejercicio de nuestras habilidades prácticas básicas. Para ello, comencé reconstruyendo el reconocido debate Dreyfus vs McDowell con el objeto de identificar dos posiciones antagónicas: el conceptualismo (a veces tildado de “intelectualismo”) y el anti-intelectualismo radical de Dreyfus.

Tras dicha reconstrucción, presenté la objeción de la “paradoja del experto”, que apuntaba a discutir la idea dreyfusiana de que los sujetos, cuando se encuentran inmersos en el campo de acción, no ponen en práctica ninguna habilidad conceptual, ni racional (Dreyfus, 1985). Para ello, introduje el experimento mental “la suerte del principiante”, con el fin de señalar que defender una tesis radical como la de Dreyfus no nos brinda elementos suficientes para explicar en qué consiste ser un experto en el desempeño de una determinada habilidad práctica. Aún más, la propuesta dreyfusiana, al no involucrar ningún contenido representacional en el ejercicio de la habilidad, no nos permite diferenciar entre un sujeto experto y un sujeto inexperto -o con suerte de principiante-.

Posteriormente, introduje la noción técnica de *affordances* presentada por Gibson (1979) y finalmente propuse una interpretación conceptualista de la misma. He intentado que mi propuesta sobre las *affordances* sea compatible con varias de las tesis principales propuestas por McDowell en el debate mencionado. De tal modo, he concluido delineando una propuesta conceptualista y representacionalista de las *affordances*, que pretende explicar el ejercicio de nuestras habilidades básicas como un fenómeno sui generis que se distingue del ejercicio reflexivo de otras habilidades. Tal propuesta se basa en la tesis de que, para percibir *affordances*, son necesarias ciertas habilidades cognitivas conceptuales y representacionales. Dichas habilidades conforman el complejo y amplio fenómeno de las habilidades prácticas, complementándose con las aquí llamadas "habilidades corporales". A su vez, cumplen un rol a nivel personal, como estados experimentados por el sujeto experto que cumplen un papel fundamental como guías de su comportamiento.

El propósito de este artículo no fue ofrecer una teoría acabada, sino avanzar parcialmente en la elaboración de una mejor caracterización de las habilidades prácticas. El debate acerca de cómo debemos entender el ejercicio práctico habilidoso, y aún más, cómo debemos caracterizar a los sujetos expertos en el momento del ejercicio de la acción, se encuentra plenamente vigente hoy en día. Las discusiones atraviesan el campo de la filosofía y la psicología actual, presentando una multitud de aristas de gran interés. La propuesta aquí ofrecida intenta servir como una herramienta teórica más para contribuir a la explicación acerca de nuestro comportamiento práctico habilidoso. En este sentido, pretende recoger uno de los puntos centrales defendidos por McDowell: que las capacidades conceptuales se encuentran permeando permanentemente nuestro trato con el mundo. Sin duda, como subraya Dreyfus, el sujeto experto logra tener un vínculo fluido con el mundo una vez que se vuelve habilidoso en el ejercicio de cierta acción. No obstante, lo que aquí he intentado defender es que dicho vínculo, antes que permitir al sujeto prescindir de sus capacidades conceptuales, depende de que este las ponga en juego de un nuevo modo.

8. Notas

¹ El presente trabajo es una reconstrucción muy sucinta de ciertas ideas que han sido desarrolladas con mayor profundidad en mi Trabajo final de licenciatura titulado "*Affordances: entre la percepción y la acción*".

² McDowell sostiene que los animales no humanos no poseen un sistema conceptual y, por lo tanto, son incapaces de ser responsable de sus pensamientos y acciones.

³ Los enfoques anti-intelectualistas suelen citar los casos de *yips* y asfixia en el ejercicio profesional de algunos deportes como evidencia a favor de tal tesis.

⁴ La pregunta central aquí es ¿qué características distinguen a un sujeto experto de un sujeto inexperto? y no ¿cómo podemos distinguir, qua espectadores, a un sujeto experto de un sujeto inexperto? De tal modo, se trata de una preocupación a nivel ontológica antes que epistemológica.

⁵ El término «*affordances*» ha sido traducido de diversas formas en la bibliografía filosófica y psicológica: ofrecimientos, posibilidades de acción, invitaciones, solicitudes del entorno, disponibilidades, ofertas, etc. No obstante, debido a que no hay una traducción consensuada ni precisa de dicha noción técnica, he optado por utilizar a lo largo de todo mi escrito el término en su idioma original.

⁶ Resulta importante señalar la diferencia entre comprender las *affordances* como posibilidades de acción existentes y comprenderlas como posibilidades de acción que de hecho son percibidas por alguna criatura. Gibson parece defender que el hecho de que un animal pueda potencialmente percibir cierta solicitud en el entorno es suficiente para que exista una *affordance*. No obstante, interpretaciones posteriores han sostenido que es necesario que dicha solicitud tenga altas probabilidades de ser percibida por un animal particular para convertirse en una *affordance*.

⁷ Si bien Dreyfus no es enteramente explícito acerca de cuál es el contenido que poseen las *affordances*, siguiendo su razonamiento, podemos deducir que, así como el ejercicio de nuestras habilidades prácticas básicas parece involucrar contenido no conceptual -o, en algunos casos, ningún contenido en absoluto-, las *affordances* allí implicadas comprenden el mismo tipo de contenido.

⁸ McDowell recoge aquí la distinción heideggeriana entre “estar orientado hacia el mundo” y simplemente habitar un entorno. De tal modo, las capacidades de respuesta humana a las *affordances* nos muestran una relación particular con el mundo en donde éste se nos presenta y se nos vuelve inteligible sólo a través de, y gracias a, nuestra racionalidad.

⁹ Es importante resaltar que, a diferencia de lo que sostiene Dreyfus, las habilidades conceptuales aquí defendidas se encuentran ejercidas durante el desarrollo de la acción, y no sólo posteriormente, cuando el sujeto toma una actitud reflexiva sobre su comportamiento.

¹⁰ Cabe recordar que el interés aquí no está en poder distinguir un sujeto experto de uno que no lo es desde la perspectiva de tercera persona, sino más bien, el interés se centra en poder justificar ontológicamente tal diferencia.

¹¹ Dejo abierta la cuestión acerca de si el ejercicio experto requiere algún otro tipo de habilidad por parte del sujeto.

¹² Explicitar los requisitos de la noción de conceptos que aquí defiendo requiere de un análisis extenso. Advierto que el debate acerca de cómo son los conceptos, cuántos tipos de conceptos hay, si éstos son innatos o no, etc., es arduo, aunque necesario. No obstante, escapa a mis propósitos en la presente investigación.

9. Bibliografía

BERMÚDEZ, J. L. (2003). *Thinking without words*. Oxford University Press.

BREWER, B. (1999). *Perception and reason*. Oxford University Press.

CUSSINS, A. (2003). “Content, conceptual content, and nonconceptual content”, *Essays on Nonconceptual Content*, YH Gunther, Editor, 133-163.

DREYFUS, H. L. (1985). “The role of the body in intelligent behavior”, en L. A. Hickman (Ed.), *Philosophy, Technology, and Human Affairs* (p. 179). Texas: Ibis Press of College Station.

DREYFUS, H. L. (2002). “Intelligence without representation – Merleau-Ponty’s critique of mental representation the relevance of phenomenology to scientific explanation”, *Phenomenology and the Cognitive Sciences*, 1(4), 367-383.

DREYFUS, H. L. (2005). “Overcoming the myth of the mental: how philosophers can profit from the phenomenology of everyday expertise”, *Proceedings and Addresses of the American Philosophical Association*, 79(2), 47-65.

DREYFUS, H. L. (2007a) “Response to McDowell”, *Inquiry*, 50:4, 371-377.

- DREYFUS, H. L. (2007b) "The Return of the Myth of the Mental", *Inquiry*, 50:4, 352-365.
- DREYFUS, H. L. (2007c) "Detachment, involvement, and rationality: are we essentially rational animals?", *Human Affairs*, 17(2), 101-109.
- DREYFUS, H. L. (2012). "Introductory essay: the mystery of the background qua background", en Z. Radman (Ed.), *Knowing without Thinking* (pp. 1-10). London: Palgrave Macmillan UK.
- DREYFUS, H. L. (2013). "The Myth of the Pervasiveness of the Mental", en J. K. Schear (Ed.), *Mind, reason, and being-in-the-world: The McDowell-Dreyfus debate* (1st ed.), EEUU: Routledge.
- DREYFUS, H. L., & Dreyfus, S. E. (1984). "From Socrates to expert systems", *Technology in Society*, 6(3), 217-233.
- EVANS, G. (1982). *The varieties of reference*. Oxford University Press.
- FRIDLAND, E. (2015). "Knowing-how: problems and considerations", *European Journal of Philosophy*, 23(3), 703-727.
- GIBSON, J. J. (1979). *The Ecological Approach to Visual Perception*. Boston: Houghton Mifflin.
- HEIDEGGER, M. (1955). *The fundamental concepts of metaphysics*. Indianapolis: Indiana University Press.
- HEIDEGGER, M. (2000). *Ser y tiempo*. Madrid: Editorial Trotta.
- INTRONA, L. (2017). "Phenomenological approaches to ethics and information technology", en E. N. Zalta (Ed.), *The Stanford Encyclopedia of Philosophy* (Fall 2017). Metaphysics Research Lab, Stanford University.
- MCDOWELL, J. (1994a). *Mind and world*. Cambridge: Harvard University Press.
- MCDOWELL, J. (2007a). "Response to Dreyfus", *Inquiry: An Interdisciplinary Journal of Philosophy*, 50(4), 366-370.
- MCDOWELL, J. (2007b) "What Myth?", *Inquiry*, 50:4, 338-351
- MCDOWELL, J. (2009). "What Myth?", *The engaged intellect: philosophical essays*. Harvard University Press.
- MCDOWELL, J. (2013a). *Having the world in view - essays on Kant, Hegel, and Sellars*. Harvard University Press.
- MCDOWELL, J. (2013b). "The Myth of the Mind as detached", en J. K. Schear (Ed.), *Mind, reason, and being-in-the-world: The McDowell-Dreyfus debate* (1st ed.), EEUU: Routledge.
- NOË, A. (2005). "Against intellectualism", *Analysis*, 65(288), 278-290.
- PAVESE, C. (2015). "Practical senses", *Philosophers' Imprint*, 15.
- RYLE, G. (1949). *The concept of mind*. Hutchinson & Co.
- STANLEY, J., & Williamson, T. (2001). "Knowing how", *The Journal of Philosophy*, 98(8), 411-444.
- STANLEY, J., & Krakauer, J. W. (2013). "Motor skill depends on knowledge of facts", *Frontiers in Human Neuroscience*, 7, 503.